

ONOMATOPEYA VASCA Y PROSA QUEVEDESCA

Se ha considerado una característica onomatopéica del euskera (1) el sistema de formación de superlativos o expresiones ponderativas por reduplicación.

Podría estudiarse hasta qué punto se produce este fenómeno en textos literarios de otras lenguas; véase, por ejemplo: «Vino luego, luego.» (Azorín) «voló muy alto, muy alto.» (Larreta).

Habríamos de separar los casos, más comunes, en que esto se verifica en frases declamativas o relacionadas con una idea de repetición de movimiento y sucesión de momento (¡Es horrible, horrible!); «marchó corriendo, corriendo»).

Si considerásemos el habla popular erdérica de Alaba—como se hace en una obra de Baraibar actualmente en prensa—veríamos la gran extensión del fenómeno, sin las restricciones mencionadas, en numerosos adjetivos, adverbios y gerundios. No se llega, sin embargo, en el grado de aproximación al uso euskérico, hasta los numerales, como ocurre en lo que llamaríamos el habla del viejo bilbaíno («a las *onse—onse*»; en euskera normal: *amaika amaiketan*), la cual, a su vez, no creo que pueda llegar a «repetir» hasta los sustantivos como en euskera (*mendi-mendiyan*).

Sabido es que las repeticiones onomatopéicas juegan gran papel en el lenguaje infantil. Véanse en el capítulo—destinado a este tema del Anuario de *Eusko-Folklore* (1921) formas como *papa* (pan), *mama* (agua), *txitxi* (carne) *koko* (huevo; parecido enfrancés), (*a)lo-lo* o (*a)bo* (dormir), etc.; añádanse a esta última las vitorianas *abobó* y *abaubá*, que pueden compararse con *buba-buba* de B. N. (Azkue) *ibó*, de A. N. (P. Donostia. «Cancionero» n.º 6) y por último con *óba-óba* «estribillo con que se aduerme a los niños en la parte occi-

(1) Véanse las importantes notas de Uhlenbeck (*Rev. Intern.* XIII, 489-90) sobre el trabajo de Urtel (1919) y Azkue (*Rev.* XI, 161 y siguientes).

dental de Vizcaya» según testimonio, bien fehaciente en este punto de A. de Trueba (*Ilustración Esp. y Americ.* 22 Abril 1874).

En el francés popular es bien conocida la repetición de la sílaba inicial, a veces con obliteración del resto de la palabra. Pero esto no es de mi competencia. Permítaseme, no obstante, una observación personal, que haga *pendant* con la del Sr. Azkue sobre el dualismo entre *jaun-andreak* y *neska-mutilak*. El orador académico dice, efectivamente, «mesdames et messieurs» sustituyendo acaso la conjunción por una solemne pausa; pero el artista callejero, al hacer la *quête* entre los clientes de un café, forma un compuesto con un sólo acento y anteponiendo el masculino: «s'il vous plaît, *m'sieur-dames*». Semejante a los compuestos copulativos sin conjunción es la *endyadis* latina: *coniectura-disceptatio*.

A propósito de la onomatopeya *tilili-talala* de una canción vasca, he anotado una variante de la copla gallega, citada por el mismo Sr. Azkue, que se aproxima aún más a la vasca.

Dice así:

«O cantar d'o galleguiño
é cantar que nunca acaba
comienza con tailalila
e acaba con tailalala» (1).

Más característico del euskera parece otro hecho estudiado por los autores mencionados y por Schuchardt. Me refiero a la repetición de temas con intercalación de una *b* o *m*, que sustituye en la segunda parte del compuesto a la consonante inicial, cuando ésta existe; tipos: *andi-mandi*, *zurú-buru*.

En estos especiales compuestos onomatopéyicos, al revés que en los anteriores, la repetición, en lugar de intensificar el sentido de la voz, le da un carácter diminutivo, puerilmente cariñoso en ciertos casos, peyorativo o burlesco en otros (2).

Lo mismo vemos en el castellano-alabés conformas como *zárzara-márzara* y en el bearnés del valle de Aspe con *sourro-bourro*, que

(1) Pérez Ballesteros. «Cancionero popular gallego» t. I, pág. 58.

(2) Se ve claramente esto en formas como *erdera-merderia*, con que designa al castellano un nacionalista que escribe desde Gernika en «Euzkadi» (31, VIII. 922) y en las expresiones despectivas empleadas por el aragonés de un sabroso cuento de J. Barbier, al referirse a las poblaciones del norte del Pirineo: «*Parixe* edo *Marixe*», «*Bordele* edo *Mordele*» (Burdeos), «*Baiona* edo *Maiona*», «*Doniane* edo *Moniane*, *San Juan* edo *Man Juan*» (Doniane Garazi o San Juan Pie de Puerto); Véase *Gure Herria* de Febrero del presente año.

J. B. Berger (Congrés de Biarritz-Bayonne. 1911-1912) considera como una de las voces de origen vasco que se conservan en el valle pirenaico.

El objeto final de estos apuntes es señalar análogos casos en la literatura clásica española. Servirán para ello ejemplos extraídos del «Cuento de Cuentos» de Quevedo (1).

Desarrollase el asunto de esta ingeniosa obrita en el corazón de Castilla, en Sigüenza, sin que el apellido vasco que allí figura, sea más que una coincidencia casual e insignificante. Sabido es que la narración del Cuento sólo tiene por objeto dar pie al autor para hacer ostentación de muletillas, giros y refranes populares.

Uno de los refranes se relaciona con el famoso vasco *kaltea dagianak bizarra lepoan* del que el Sr. Urquijo dió satisfactoria explicación, confirmada naturalmente tanto en el texto de Quevedo como en el comentario de sus modernos editores.

Precede al «Cuento de Cuentos» un Comentario de D. F. de P. Seijas que ya indica que la voz zurriburri «puede ser imitativa del murmullo».

Recojamos las demás onomatopeyas quevedescas de tipo eusérico: «no había *cháncharras-máncharras*», «no ha de ser todo *cháncharros máncharras*» «(rodeos o pretextos)», anota Fz. Guerra; «bien entendía la *zangamanga* («embuste») «sin decir *oxte* ni *moxte*» (*oxte* es una interjección, *moxte* según el comentador «no tiene significado; estímesese una de esas invenciones tan frecuentes en nuestro lenguaje familiar que no han más origen que la consonancia, como *ni paula ni maula*»). Esta última expresión también la emplea Quevedo a continuación): «El pobre no *chistó* ni *mistó* (ambas voces imitativas según el anotador). «Andaba listo de *ceca* en *meca*»; «pensaba que tenía el *oro* y el *moro*».

Vemos, por tanto que los comentaristas de Quevedo reconocen el carácter onomatopéico de algunas de estas expresiones. Respecto de otras se esfuerzan, con complicadas digresiones en encajar y armonizar con el especial sentido del compuesto el significado normal de sus componentes aislados; así en los casos de *manga*, *meca* y *moro*.

(1) «Cuento de Cuentos donde se leen juntas las vulgaridades rústicas que aún duran en nuestra habla, barridas de la conversación por Don Francisco de Quevedo Villegas.»—«Biblioteca de Autores Españoles XLVII... Obras completas de Don Francisco de Quevedo Villegas. Colección completa, corregida, ordenada e ilustrada por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe. Tomo segundo. Madrid 1876», páginas 397-417.

Consideradas las cosas en conjunto, parece que la introducción de estos elementos, no exentos de significación originaria, es mera coincidencia, aun reconociendo que, al facilitar una especie de vaga etimología popular, refuerzan y sostienen el sentido del compuesto onomatopéico, subsistente en otros casos sin necesidad de tales puntales semánticos.

ODON DE APRAIZ

Marzo.—1923.